



Foto: Carlos Blanco

Educando para *poder crear* mundos ecoviables

Nueve claves

Jorge Rivas

CREFAL | Pátzcuaro, México
 jrivas@crefal.edu.mx

I Preámbulo

EN ESTAS LÍNEAS quiero compartirles por dónde ando pensando la educación ciudadana.

Más que una capacitación para el voto, o una educación para la participación en el sistema socio-político actual, creo que *necesitamos aprender juntos el arte de poder crear mundos ecoviables*. Excede el espacio de este artículo contarles el itinerario intelectual y práctico que me orientó hacia estas conclusiones y a retomar una forma discursiva tradicional en Pedagogía.

La política pro modernizadora, pro occidentalizadora y pro globalizadora ha tenido dos cabezas, una capitalista y otra comunista/socialista. Por ambas partes pierde diariamente sus créditos ante *el cambio-debacle climático y biosférico*, su consecuencia, y ante la constatación de *la insustentabilidad del modelo* social. Una economía basada en las nuevas

tecnologías y en pleno proceso de incorporar la nanotecnología y la ingeniería biológica necesariamente implica menos incluidos más educados y creativos (o dicho al revés, supone más excluidos menos educados y menos poderosos).

Parecería que el sistema mundo, como le dice Wallerstein (científico social estadounidense), se está orientando hacia la consolidación de una dictadura global asociada a una “trama de encubrimiento” capaz de contener una ensalada de rasgos folclóricos, con diferencias al interior de una uniforme orientación de explotación natural, creciente violencia estructural y concentración de la riqueza. El marco en el que generalmente pensamos la educación ciudadana es una democracia que intenta resolver lo social hacia la equidad, la libertad, el respeto de la diversidad, la ecoviability y el logro de los derechos humanos. Pero yo dudo que a la larga el proceso global

del capitalismo resulte compatible con este marco. Las mayorías se vuelven cada vez más una pesada y peligrosa carga para los incluidos, demandante de represión, manutención y entretenimiento. Los pobres dejan de ser socios de la sociedad. Y la sociedad se vuelve más fanática, encerrada en una trama que la lleva a un callejón que se derrumba. Los incluidos estamos entre la espera de un milagro tecnológico y el temor de una catástrofe, entre la terquedad de nuestra fe y el hastío de una guerra íntima y pública que alguna vez en la vida se desenmascara sola y nos muestra una vida absurda.

Así, lo político y la participación ciudadana en lo político poco a poco, probablemente, irán dejando de consistir para muchos en una defensa creyente del desarrollo material y el progreso social basado en la lucha. Las reivindicaciones étnicas están en el tapete de las búsquedas de culturas alternativas y de visiones de otros mundos posibles. La forma patriarcal de organización de lo político viene perdiendo terreno. Lo mismo la credibilidad de los liderazgos políticos, tanto de los partidos como de los sindicatos, tanto de los administradores públicos como de las burocracias eclesíásticas. La universidad tiene todavía un prestigio que durará hasta el momento en el que el pueblo se dé cuenta que los principales actores de los desastres sociales y ambientales que padezca son universitarios y le reclame un conocimiento de las soluciones que quizás no tenga. El sacrificio y el futuro se devalúan ante la búsqueda de la satisfacción y del presente. Los charlatanes y los supersticiosos pululan...

El pueblo ofrece desgano y un gran bostezo ante la invitación a seguir participando y “progresando” que le hacemos los fervientes promotores de la educación cívica y la participación ciudadana. Además, hay que reconocer que muchos ejercicios de “participación” resultan simulacros, mercadotecnias que se supone aportarán clientelas, pero que en cambio pueden dejar una sensación de tomadura de pelo, de falta de inteligencia o de exceso de perversión en los líderes. “El poder” ocasionalmente consulta al pueblo para que no diga que no lo consulta, pero hace lo que quiere, o lo que supone que quiere: “lo que hay que hacer”, su voto

de obediencia. ¿Será que quiere lo que hace? ¿Será que sabe qué hacer ante tan altos riesgos? La educación que sea pensada como propaganda política pro sistémica tendría que enfrentar estas preguntas...

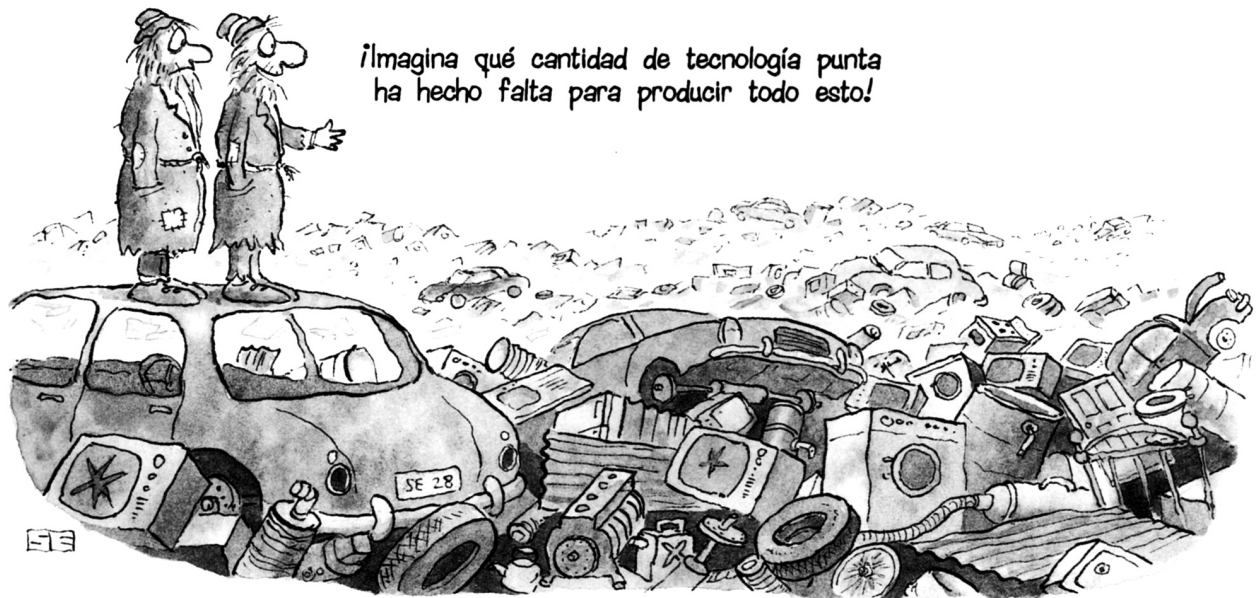
Si queremos incidir en la creación de mundos eco-viables tenemos que “mutar”, transformarnos en otra cosa, reconfigurar nuestras culturas e instituciones y también nuestras personalidades. Más que participar en oponernos al proyecto de globalización bélica inviable (que parece estar garantizado lo mismo por la derecha que por la izquierda, pero no por la base), tendríamos que orientarnos a la creación de alternativas por el ejercicio práctico de nuestra voluntad de hacer posibles vidas alternativas. Me refiero a alternativas de relación ecoviable con los sistemas naturales, de creación de nuevas organizaciones y políticas. Alternativas de la sensibilidad y los vínculos, de expresión y comunicación. Alternativas en el arte/artesanía, en el pensamiento, en la vida interior...

Esto resulta para mí un nuevo punto de partida para crear educación ciudadana: el núcleo de la política podría hoy día estar girando hacia el *aprender de nuevo a poder ser*.

No pienso tanto en un nuevo contrato social revolucionario como en una co-incidencia evolutiva. No miro hacia el estado futuro como hacia el proceso local, comunitario y personal. Y en este marco me pregunto *¿cuáles serían las fuentes del poder del pueblo para crear una vida alternativa; y cómo podríamos desde la educación facilitar el encuentro del pueblo con tales fuentes?*

II Las nueve claves

Estas me parecen algunas claves pedagógicas para una educación ciudadana que se oriente a desarrollar poder para crear mundos alternativos ecoviables. Claro que esto es sólo una opinión y perfila una cierta estética de la educación ciudadana ante la cual habrá quien le guste y coincida o quien prefiera otras perspectivas. Mi respeto a todas las posiciones que no pretendan ser absolutas, sino aportar un grano de arena a la construcción de nuevos edificios sociales



Stan Eales / *El libro del ecohumor*. Ediciones SM, Madrid, 1993.
 Autorizado por Ediciones SM, México.

habitables y expresivos de la dignidad humana. Las tres primeras expresan, en mi opinión actual, el mero meollo de la educación ciudadana en la que estoy pensando. Las otras seis me parecen también muy importantes.

Aprender a poder crear

Aprender como ciudadanos a estar en conexión con nuestra fuente creativa y desde ahí crear alternativas viables me parece decisivo. Los incluidos en el sistema capitalista en esta nueva fase serán menos y más capacitados. No por esto mejor formados para la participación como ciudadanos con principios y sentido del honor, sino quizás más hábiles para permanecer obedientemente en las fronteras de la inclusión a cualquier precio. La doctrina educacional del capitalismo ubica la creatividad como una competencia productiva necesaria, pero esto puede significar un construccionismo fabricante de novedades dentro de lo mismo, pero mutilado en su poder de crear alternativas hacia mundos ecoviables. Los incluidos necesitan aprender a crear alternativas desde sus espacios de vinculación, acción y decisión. Del otro lado, personas desempleadas, marginadas, humilladas, masas idiotizadas por los medios, y quizás también por

la escuela, debilitadas por hábitos de enfermamiento y de pensamiento empobrecedores, necesitan igualmente aprender a poder crear alternativas.

Sin embargo, lo creativo está ahí, como un poder inmediatamente gozoso siempre disponible y enteramente necesario ante el callejón sin salida de la civilización hegemónica y de la situación política mundial. La creatividad es la principal fuente política del pueblo. Más que adoctrinar para la participación ciudadana en el juego instituido podríamos incidir en la formación de competencias ciudadanas para el logro de otros mundos posibles, fomentando la confianza en la creatividad humana y en la capacidad de dar respuestas creativas a las situaciones concretas.

Aprender a permanecer receptivos a los procesos naturales

Tenemos que superar un concepto de ciudadanía basado en la dicotomía violenta entre urbano *versus* rural, masculino *versus* femenino, moderno *versus* indígena, que llevó a establecer procesos sociales disociados de los procesos naturales al extremo de exponer el equilibrio creativo de la Biosfera. Nada nos asegura poder evitar la catástrofe social y ambiental y la herencia nauseabunda que estamos dejando sin

resolver a nuestros descendientes, mientras andamos programados en una trama hecha de símbolos y torrentes de información abstracta. La fe ciega en los lenguajes (como el visual de los medios de comunicación, la informática, o la propia matemática), los modelos y los ambientes artificiales se topó con el límite de su irrealidad. *Necesitamos aprender a recuperar la receptividad a los procesos naturales y recuperar desde ahí un sentido orgánico de pertenencia, fundamento de una soberanía ecoviable.*

El pueblo se deja llevar fácilmente. Puede seguir encantamientos y estar atento a procesos imaginarios hipnóticos. Pero también puede despertar y colocar su capacidad receptiva en los procesos naturales y volver a encontrar una sensibilidad hacia la naturaleza, hacia la construcción de la soberanía alimentaria mediante un nuevo contacto con la vida natural y con la recuperación de los ecosistemas naturales como medio ambiente humano. La promoción de la participación ciudadana para el desarrollo ecoviable a veces toma la forma de la promoción de una moral –no desperdicie el agua, separe la basura, consuma tecnologías limpias– ante la predicación de un infierno apocalíptico de la hecatombe potencial del efecto estufa o de la guerra nuclear. La gente puede, a partir de allí, seguir temiendo a la naturaleza y considerarla una desgracia. Puede azotarse con el miedo y con la culpa, y destituir a unos gobernantes para poner otros que luego probablemente harían lo mismo... Pero también puede volver a vivir con la naturaleza, relajarse en la reincorporación existencial de los procesos naturales, recuperar la vida concreta, el cuerpo, la materialidad humana, la carne, como le llamó Merleau Ponty; inspirarse en las culturas indígenas y campesinas que permanecen despiertas a la vida con una conciencia conectada a lo natural... Esta es otra de las herramientas políticas que orientan una transformación o mutación humana potenciadora, capacitadora de incidencia popular en el logro permanente de mundos ecoviables diversos e integrados a nivel planetario de un modo crecientemente armónico: el despertarse a la vida en su naturalidad.

Aprender a confiar en nos-otros

Traemos una triple herida: haber sido rechazados por ser como somos, no haber sido comprendidos, y haber sido tratados deshonesto e hipócritamente. Así aprendimos a rechazarnos, incomprendernos, enmascaramos, y sentir que somos especiales, valiosos y mejores por vivir conforme a mandatos y prohibiciones sociales, a relaciones humillantes y sadomasoquistas, postergando nuestra genuina realización e incidiendo en evitar la realización de los otros. La recuperación de la confianza del carácter centralmente afectivo de sentirse o no sentirse parte de una comunidad o de una sociedad me parece central para la nueva educación ciudadana. La autoestima, la capacidad empática de comprender al otro, la construcción de una mayor honestidad, la sanación de nuestros traumas afectivos y sociales, la recuperación del entusiasmo, la alegría, la generosidad, la capacidad de deleite y de reconocer la belleza de sí mismo y del otro, la valoración de las propias creaciones y de las del prójimo, supone, por así decirlo, un corazón sano. Pero estamos enfermos de desconfianza contra nosotros mismos, contra los demás, e incluso contra la vida misma.

Las groserías espirituales del racismo, el sexismo, el consumismo y el clasismo, entre otras (todas asociadas al cuerpo y a los bienes materiales) han pervertido tanto nuestras relaciones en la cultura y sociedad hegemónicas, que se ha vuelto difícil acceder a la visión interior de la *igualdad humana*. Hasta que no reconozca que soy uno más, no podré ser simplemente el que soy. Como dice Caetano Veloso en una de sus canciones, “de cerca nadie es normal”. Y a la par es cierto que de cerca todos somos comunes y corrientes, y nos pasan, de maneras diferentes, las mismas cosas humanas y demasiado humanas.

Las viejas militancias de la voluntad y de la razón tenían un fuerte componente afectivo no suficientemente reconocido. El estar juntos y confiar en los compañeros era parte de la militancia. Sin embargo, no se consideraba una militancia el estar juntos. Pero si pensamos en una sociedad de falsos individuos aislados, y en su efecto político-ecológico devastador, nos damos cuenta del potencial político y natural de

volvernos a encontrar y confiar en lo que sucede en ese encuentro. Salir hoy de nuestro aislamiento, encontrarnos con los diferentes, con nuestros vecinos, con nosotros mismos, resulta un factor importantísimo del éxito de cualquier proceso transformativo. La nueva educación ciudadana tendría que ser, centralmente, una educación para poder vivir juntos y en paz con nosotros mismos. Tiene por lo tanto una clave principal en la recuperación de la confianza.

La recuperación de la confianza, la paz interior, la genuina alegría, la solidaridad, la generosidad en el trabajo creativo y la mentalidad abierta se vuelven cualidades a la vez personales y comunitarias que constituyen una nueva condición de lo político.

Sólo quien mediante su trabajo sobre sí y su superación del aislamiento con los otros logra estas cualidades, puede irradiar y ser constructivo en procesos sociales que no reproduzcan los mismos vicios del modo anterior de producción de ciudadanía: antagónico, violento, astuto, hipócrita. Sólo así veo que sería posible recuperar el poder de incidencia de los individuos y los grupos organizados en los avances hacia otros mundos posibles y ecoviables. Recordamos aquí el enorme impacto político que tuvo en la emancipación de la nueva masculinidad/femineidad, el trabajo sobre sí de los hombres y mujeres concretos que eligieron transformarse a sí mismos, empoderarse, recuperar la confianza, la autoestima, la sobriedad y la lucidez.

Sin esta recuperación de la confianza no es posible re vincular los asuntos de la vida cotidiana, la familia y los grupos de pertenencia con los intereses de la comunidad humana y natural. Esta re vinculación no es posible sin la recuperación del sentido extenso de fraternidad. La confianza es la base para aceptar la corresponsabilidad en los asuntos públicos, provengan o no del Estado; es la base de la actividad organizada, de la contribución que podemos dar como individuos al trabajo de las organizaciones sociales, de la solidaridad con otras personas, el altruismo, la sinergia comunitaria, la valoración positiva del consenso y el disenso, el respeto de la decisión de la mayoría y de los derechos fundamentales de las minorías. La confianza, que es lo opuesto del temor,



Foto: Carlos Blanco

es condición también del reconocimiento del valor de la interculturalidad y de la diversidad étnica, lingüística y de formas de vida, y en el fondo, de la biodiversidad misma, que se basa en algún sentido en el amor y el respeto por la naturaleza. La confianza es el núcleo del ser desde donde es posible la resolución pacífica de los conflictos interpersonales y grupales, la comunicación sin agresión, intimidación o violencia, la capacidad de escucha del otro y de establecimiento de acuerdos.

Aprender a estar abiertos a los acontecimientos

La apertura a los acontecimientos movilizantes, tiene un potencial político enorme, pero hemos aprendido a estar cerrados a lo que pasa, enclaustrados en nuestras ideas de las cosas. Me refiero tanto a un acontecimiento personal –murió mi padre– o a un acontecimiento comunitario –se suicidó mi

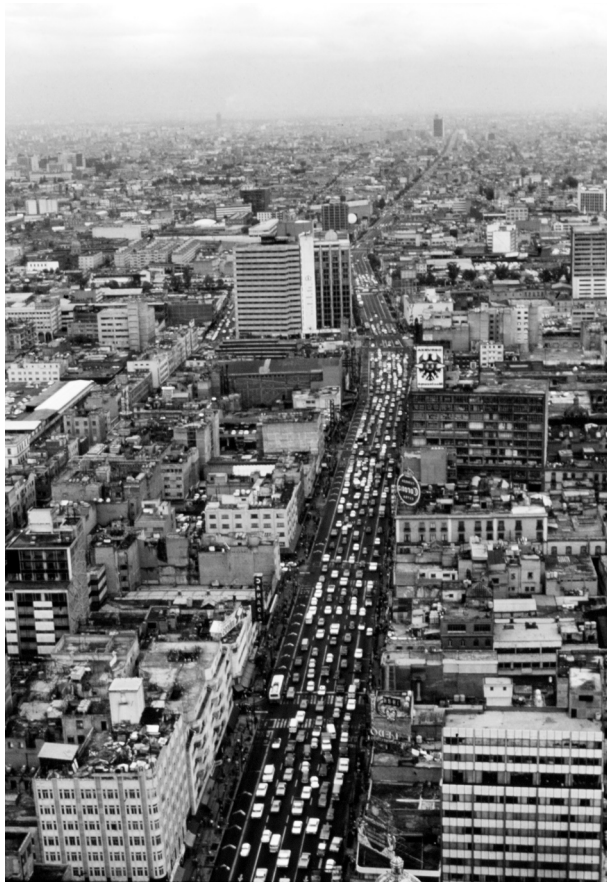


Foto: Carlos Blanco

vecino— a un acontecimiento social —un día x la dirigencia traicionó al magisterio— o un acontecimiento natural —un terremoto, un cambio trágico del clima una tarde, el florecimiento maravilloso de aquel árbol en primavera...

El sentido de la educación ciudadana del siglo pasado tuvo un énfasis histórico: se trataba de conservar ciertas lealtades con el pasado (entre ellas el cumplimiento de las promesas de libertad, justicia y paz asociadas a las formalidades del juego democrático), pero de un modo fuertemente orientado hacia el futuro. De este modo fomentó una participación ciudadana de inspiración militar, sacrificial de los presentes concretos y de la presencia. El militante, austero en su vida propia, sacrificaba su aquí y ahora en aras de redimir un pasado mediante la construcción del futuro. Esto significaba el establecimiento de un sujeto que vivía en un permanente conflicto consigo mismo y contra otros que le exigía elaborar una historia y ofrecerse como una

víctima propiciatoria en el altar de las ideologías de las ideas revolucionarias de izquierda o de derecha y de sus modos tribales de hacer política. En la nueva política emergente que me parece ver, la gente revaloriza el aquí y ahora y no quiere sacrificar su vida sino plenificarla. La historia ya sabida se vuelve no atractiva, es el bodrio de más de lo mismo. En los periódicos de día a día cambian los muertos pero sigue la matanza y la estafa. Entretanto, afuera, sale el sol, o hay una noche estrellada. Me encuentro con mi vecino, con un perro o con una planta, a la vez sencilla y magnífica. Adentro hay procesos emocionales y afectivos que elaboran y acontecen sorpresas y revelaciones todos los días. El aquí y ahora es el lugar del cambio. Solo hay decisión a favor de una alternativa en un instante concreto. El poder creativo de todo performance reside en su condición de efímero.

Es en un aquí y ahora donde podemos decidir discontinuar la historia y abrir nuevas historias u otras maneras de entender la trascendencia del yo en su apertura a la realidad. Estas cosas que pasan todos los días tienen un potencial movilizador, incluyendo, claro está, los acontecimientos culturales nuevos, que tienen un potencial movilizador enorme, incluso mayor que la conciencia histórica. Me parece también importante que la participación en procesos colectivos de toma de decisiones no se refiera sólo al logro proyectivo de determinaciones históricas, sino que sea capaz de responder ágilmente al estado cambiante de la naturaleza, la sociedad, la comunidad, la cultura y la personalidad misma. Hay que aprender a decidir, juntos, en un fluyente y dinámico aquí y ahora.

Aprender a vivir tranquilos y contentos

El éxito de la revolución capitalista se basó principalmente en que prometía un sinnúmero de satisfactores que podían hacer la vida más alegre, tranquila, cómoda y llevadera. El socialismo real con sus austeridades, sus sacrificios revolucionarios y sus prohibiciones y represiones fue una revolución menos atractiva; quizás aportaba una mayor conciencia de

valor y dignidad, por un lado más abstracta, pero por otro más fuertemente asociada a la seguridad del pan de cada día. No hay que olvidar este aspecto clave del éxito de la constitución burguesa y socialista de ciudadanía. El valor del agua de coco en la playa, la buena ropa y la música preferida sonando en el carro ha resultado siempre muy concreto aunque implique un contexto social indecoroso e irracional. Es por cosas así que la gente fue capaz de matarse para que no hubiera socialismo. Lo mismo, al revés, cuando se militaba en la trinchera del comunismo para garantizar la satisfacción de ir a la escuela o de contar con un hospital, aunque no hubiera tantos lujos comestibles a la mano. Hay que replantear la participación ciudadana desde la satisfacción. Las nuevas militancias parecen hacerse por el gusto de hacerlas, por la tranquilidad, alegría y satisfacción interior y social que reportan. Podrían orientarse hacia la proposición y el logro de nuevos mundos en los que estemos satisfechos de modos más pleno que en el capitalismo. Es la búsqueda y el hallazgo de horizontes de satisfacción humana más completos e íntimos que los que ofrece el capitalismo lo único que puede llevarnos a confiar en soltar los satisfactores que nos tienen amarrados y que constituyen los espejitos que hemos recibido quizás a cambio de nuestra alma. La evolución tiene que tener un componente colorido, alegre, tranquilo, satisfactor.

Hay que darnos un reconocimiento más profundo y *multidimensional* del potencial humano de estar satisfechos. Esto puede ayudarnos a entender más claramente las distintas situaciones de privación que afectan a las distintas clases sociales; veríamos que todos tenemos privaciones y riquezas. Quizás esto nos ayude a comprender la necesidad común de orientarnos a un nuevo estado de derecho y a una nueva práctica y organización de la sociedad, en la cual umbrales básicos de satisfacción humana estén garantizados colectivamente para todos. Sin eso no habrá la paz, seguridad y abundancia necesarias para poder vivir, todos, potencialmente más satisfechos. De lo contrario, la voluntad de inclusión social siempre tendrá un componente paternalista e ingenuo, que supone que toda la satisfacción posible

está entre los incluidos. Paternalista porque supone que los otros no son capaces de resolver su propia satisfacción a su manera, con sus satisfactores y formas. Ingenua porque supone que la inclusión en el sistema de los incluidos está a prueba de errores y no contiene defectos estructurales y de orientación en lo que respecta a una satisfacción comprendida de un modo integral, que recuerde todas las partes de nuestro ser que quieren estar satisfechas, las espirituales y las corpóreas, las intelectuales y las pulsionales, las creativas y las sensibles, las vinculares, etc. Mientras la gente no reconozca la satisfacción humana y la paz como estados deseables y conocidos, como estados creados y mantenidos día a día, como valores civilizatorios de la cultura, siempre habrá algo de clientelismo, populismo y autoritarismo rondando. Las dictaduras y el crimen organizado fundan su poder en una oferta de seguridad, corrección, tranquilidad y satisfactores garantizados, prometidos para un futuro sin contrarios, sin complementarios, sin opositores, pero lo hacen a costa de la libertad humana. Por eso por su camino jamás habrá satisfacción verdadera. La genuina satisfacción implica a la libertad en su base misma: el derecho de todos a poder autorrealizarse y vivir en armonía con los demás.

Aprender a vivir sanos

La salud y el desarrollo orgánico de la propia persona y comunidad es también una condición imprescindible para poder crear nuevos mundos. Hay que reconocer que la vieja participación ciudadana en que nos educamos en la práctica era muy neurótica. Muchos compañeros tanto de la izquierda como de la derecha acabaron con trastornos psicossomáticos, con índices enormes de estrés, o pasaron por grandes depresiones, por profundas rabias en su esfuerzo por participar en la sociedad, conductas todas enfermizas. Cuando la gente no quiere participar pagando esos precios no es que esté mal de la cabeza; hay algo saludable en abstenerse de esfuerzos contaminados y enfermizos. Los teóricos de la escuela de Pátzcuaro ponían en la base de la posibilidad de la participación

ciudadana el desarrollo local ecoviable, el desarrollo humano concreto del pueblo que pasaba en primer lugar por la mejora concreta de su salud. El primer punto de la salud, el mayor énfasis, para estos pedagogos estaba dado en la reivindicación del *vigor* como condición de todo lo demás. Si el pueblo come comida chatarra, vive estresado, no descansa ni hace ejercicio adecuado y mantiene hábitos de pensamiento y vinculación enfermizos, es lógico que no pueda participar en la sociedad, y menos aún en el cambio de la sociedad. No es casual que la gente no tenga fuerza para oponerse al sistema, ya que fue sistemáticamente debilitada. Quizás el involucramiento activo y creativo en la transformación de las identidades y los mundos tenga que poner ahora el énfasis en los aspectos vitales del cambio, y quizás los cambios posibles serán aquellos que traigan una mayor vitalidad y salud. La recuperación integral de la salud mental, afectiva, bioenergética, corporal, ecosistémica, es un punto principal, en mi opinión, y una condición para el logro de una recreación de la participación ciudadana en los partidos políticos, las agrupaciones gremiales o de la sociedad civil, los movimientos sociales, estudiantiles y campesinos, instancias todas que requieren a todas luces un saneamiento permanente, que no es posible sin un compromiso de los individuos y las comunidades con la salud y la recreación saludable de las culturas. El cuidado de nosotros mismos, de las otras personas, los otros seres vivos, y el medio ambiente requiere este compromiso básico con la salud.

Aprender a relacionarnos con la energía

La potestad popular de la energía, la soberanía energética y el vigor bionérgico personal, me parecen condiciones imprescindibles de la creación de mundos ecoviables. La bioenergética humana fue brutalmente intervenida en el siglo pasado por la revolución química, el uso de la electricidad, la contaminación asociada al hallazgo de la energía nuclear, el espeluznante efecto estufa de la quema de los combustibles fósiles y la alteración del campo electromagnético con la telefonía celular, etc. Esto, unido a la

caída brutal de las calidades de la alimentación y de la habitación sobre todo de los sectores populares condujo a enfermedades como el cáncer, el sida (que algunos científicos sostienen que no es de origen viral, sino causado por el estilo de vida) y muchos otros padecimientos psicosomáticos. Los conocimientos de bioenergética humana, como los vinculados a la gimnasia, la anatomía sutil, el naturalismo, etc., son un instrumento muy concreto de construcción de poder popular. De cómo la gente respira, se para, se mueve, come, etc., está hecho también el que tenga o no fuerza y energía para hacer los cambios.

Por otra parte, hay que promover del modo más activo posible que la gente participe en el hallazgo y la apropiación de tecnologías limpias y de fuentes energéticas limpias. Debe insistirse en que el acceso a la energía es un derecho para todos, una condición popular de la soberanía. Esto se aplica también a la apropiación y explotación ecoviable de los seres llamados “recursos naturales”. Aquí cabe recordar especialmente el Principio 23 de la Agenda XXI, que dice “debe protegerse el ambiente y los recursos naturales de los pueblos sometidos, oprimidos y ocupados”, que son, en primer lugar, los campesinos y los indígenas, pero que si lo pensamos bien, somos quizás casi todos...

Proteger de forma ecoviable la atmósfera, manejar los suelos, la forestación, los desiertos, los océanos y las aguas dulces, las montañas... conservar la biodiversidad, eliminar los productos y residuos tóxicos o radioactivos, crear tecnologías ecológicamente amigables... se vuelven tópicos de primera línea para la educación ciudadana. Sin energía y sin control ecoviable de ella no hay mundos ni soberanías posibles.

Aprender a tomar conciencia de lo que no estamos concientes

La apertura a lo inconsciente y lo insondable, la toma de consciencia de los móviles profundos de la conducta es una condición básica de la política que necesitamos desarrollar ahora. Hay un abismamiento posible tanto para la personalidad como para la cultura, al abrirnos a los aspectos insondables del inconsciente



Foto: Carlos Blanco

y al misterio de la vida que no conocemos o ignoramos, encerrados en una falsa conciencia. Mientras el pueblo, cada uno de nosotros, no se atreva a mirarse a sí mismo, no para idealizarse sino para reconocerse también en estas partes profundas, no habrá cambio. Mientras el pueblo no se permita entregarse al misterio de un movimiento y una liquidez en la cual poco a poco pierde pie y se lanza a flotar en la corriente de un misterio vital que lo va llevando tanto dentro de sí como fuera de sí, no habrá cambio. La antigua educación para la participación ciudadana era sobre todo un esfuerzo de idealización ético-política o de ideales étnicos o ideológicos. Vistos de cerca, los problemas sociales también son problemas psicológicos.

Si pensamos en la valoración de la igualdad en la diversidad, en la tolerancia y en los derechos

humanos como ideales de la conciencia, también tendremos que aprender a tomar conciencia de todo lo no consciente que nos arrastra hacia la discriminación y la violencia por razones de género, clase social, identidad étnica o racial, origen nacional, orientación sexual, ideas políticas o religiosas, habilidades diferentes, etc. Lo que rechazamos afuera es lo que rechazamos dentro. Reconocer los propios intereses también supone acceder a una mayor interioridad; quien no está consciente de sí mismo tal cual es, o quien se enajena en una falsa conciencia de sí, toma como propios los intereses del sistema del que es un engranaje: lo que cree que quiere, visto de cerca, es lo que no quiere, incluso lo que detesta, incluso lo que lo mata o lo debilita. Quien no puede reconocer su propia dignidad, difícilmente podrá abogar o contribuir a las necesidades e intereses de los otros, lo cual

es condición de ciudadanía. Este meter la cabeza entre las alas para negar la realidad viene del miedo y de la ignorancia y muchas veces impide elaborar los conflictos civiles o militares civiles, tanto los que han ocurrido como los que están ocurriendo.

El psicoanálisis hizo una contribución importante al pensamiento del cambio. Pensemos por ejemplo en las contribuciones de Reich, Marcuse, Fromm, los críticos sociales de origen hindú como Gandhi, Krishnamurti o Rajneesh, la contribución de budistas, como Nanh, Trungpa o David Loy, y su insistencia en la importancia política de la meditación... Deberíamos profundizar en estos aportes y los que luego siguieron, y más aún: relacionarnos con el potencial transformador de estos aspectos profundos de la naturaleza humana y de estos aspectos misteriosos de la vida en nosotros mismos.

Aprender a instituir y destituir

La capacidad de instituir y estabilizar a distintas escalas es también un aprendizaje imprescindible. La educación para la participación ciudadana del siglo pasado fue a veces una promoción entusiasta de una fe revolucionaria y otra una crítica desestabilizante del sistema, pero con escasa capacidad de propuesta. En ambos casos esta actitud pudo ser un poco juvenil, aunque implicara enormes esfuerzos, hasta incluso el sacrificio de la vida por defender o por deshacer un sistema, porque contenía una relativa no responsabilización adulta del acto de instituir - destituir: otros instituirían por nosotros, otros conocerían por nosotros, otros nos resolverían nuestros problemas, otros tendrían la verdad absoluta... Ámbitos decisivos en los que la capacidad de instituir es la soberanía, como la salud, la educación o la comunicación, fueron dejados en manos del Estado, de los exitosos, de la secta, de la iglesia, del partido...

Un objetivo de la nueva educación para la participación ciudadana sería apropiarnos de las organizaciones, apropiarnos de las instituciones, crear los marcos normativos y jurídicos mediante la capacidad de instituir en colectivo y mediante la capacidad de estabilizar a nivel personal sistemas

de vida alternativos. Cuando los militantes, mediante todos sus desvelos colocaban a los suyos en el gobierno para advertir luego cómo eran traicionadas las expectativas populares de cambio, se imaginaban que sus líderes serían lúcidos y fuertes para instituir otras cosas para ellos sin hacerse cargo del problema pesado de destituir o instituir un sistema en los espacios concretos de incidencia de cada quien y en las identificaciones que atan, sujetan, sus propias vidas. Era una participación delegativa en una supuesta democracia representativa, más que una práctica adulta e ilustrada de establecimiento, sostenimiento o disolución de mundos concretos. Este instituir/destituir no puede hacerse por un mero tic tac de ilusión/desilusión centrado en la esperanza del futuro. Debe ser un poder instituir/destituir centrado en la actualidad del proceso y en la apropiación de los escenarios sociales.

El proceso de estabilizar alternativas posibles requiere contemplar distintas escalas. Creo que es revolucionario y evolutivo que alguien cambie su sistema personal de vida. Ciertamente esto tiene un efecto irradiante hacia la sociedad y hacia los prójimos, pero también es importante aprender a crear nuevos sistemas y a estabilizar nuevos procesos a nivel de las comunidades o redes de vínculos, de las sociedades en sus distintos niveles de gobierno, incluyendo el gobierno desde el municipio hasta el global del mundo. Aprender a estabilizar y a desestabilizar, a instituir, mantener o destituir partidos políticos, movimientos sociales, instituciones de las repúblicas o internacionales tiene que ser un saber básico de la nueva educación de la ciudadanía.

El concepto de Estado está siendo no sólo discutido sino también re instituido. Los derechos y obligaciones fundamentales de los ciudadanos en un Estado democrático no son sólo algo por ahí escrito que tiene que ser conocido, es algo que debe ser discutido, sostenido y resignificado en el diálogo social y comunitario y de cara a situaciones concretas. Los riesgos de la democracia, como el autoritarismo, el populismo, el nepotismo, el monopolio de la prensa, la corrupción de la justicia, etc., son posibles o

no según sea la debilidad o fortaleza para instituir/ destituir que tenga la población. Lo mismo la efectivización de la rendición de cuentas y de la representación. No sólo se trata de que se conozcan los mecanismos formales de la participación, las elecciones y las estructuras político-sociales, también hay que tener la capacidad de replantearlas y recrearlas. Esta es una valiosa lección que nos están dando los pueblos originarios en la reivindicación de sus soberanías locales mediante la recuperación creativa de su institucionalidad tradicional. La ley, la cultura de la legalidad y del estado de derecho, aparecen como algo que unos hacen para otros, a veces para joderlos. Los asuntos públicos y las leyes se re-vincularán con la vida cotidiana si nos educamos en la capacidad de apropiación comunitaria y deliberativa del sentido (ésta es la herencia que nos dejan las *asambleas* indígenas entre los helenos, iroqueses o mapuches). Tal vinculación entre lo público y lo privado, entre lo ambiental y lo interno, es la posibilidad misma de la creación y el sostenimiento de mundos comunes, diversos y ecoviables.

“**Filosofar es, y sólo es, aprender a morir.**”

Karl Theodor Jaspers.
Filósofo existencialista alemán, 1883-1969.

Lecturas sugeridas

- ALBAN, A. (s/f). “Educación e interculturalidad en la sociedad compleja. Tensiones y alternativas”, Popoyan, Colombia; Universidad de Cauca.
www.lpp-uerj.net/olped/documentos/1228.pdf
- ALBÓ, X. (2003). “Cultura, interculturalidad, inculturación”, Caracas: Federación Internacional de Fe y Alegría.
http://miniverso.redentreculturas.org/sites/miniverso.redentreculturas.org/files/Cultura_Interculturalidad_Inculturacion.pdf
- ALBÓ, X. (2005). “Ciudadanía étnico-cultural en Bolivia”, CIPCA.
www.iisec.ucb.edu.bo/projects/Pieb/archivos/Albo-ciudadania_etnico_cultural.pdf
- CALVO MUÑOZ, CARLOS (2008). *Del mapa escolar al territorio educativo. Diseñando la escuela desde la educación*. Tercera edición, Santiago de Chile: Editorial Nueva Mirada Ediciones.
- TOLLE, ECKHART (2005). *Una nueva tierra*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL (1997). “La reestructuración capitalista y el sistema-mundo”
www.binghamton.edu/fbc/iwlameri.htm

